



Faustina Sáez de Melgar

Ecos de gloria: leyendas históricas

Comentario [LT1]:

Cuatro palabras de la autora.

Hace más de cuatro años que concebí el pensamiento de escribir una obra que llevase por título Ecos de Gloria, o los Alfonsos de Castilla y de León, consistiendo en una leyenda de cada uno de los ilustres Reyes que tanto han enaltecido la monarquía española, haciéndolas muy variadas para que la obra resultase amena y agradable, semejantes a las tres que presento reunidas en este pequeño volumen. En efecto; emprendí este trabajo, bien arduo en verdad, porque desde luego quise atenerme estrictamente a la historia, teniendo que consultar infinidad de volúmenes a fin de presentar los datos más verídicos y admitidos por nuestros historiadores, adornándolos con las galas de la poesía.

Siguiendo esta idea, hice las que hoy ofrezco al público, dejándolo después para atender a la novela, que me ofrecía resultados más positivos.

Desde entonces acá, engolfada en la prosa, no he vuelto a pensar en esta obra hasta ahora que, hallándome en el compromiso de regalar a mis suscriptores de La Violeta un libro inédito, les presento este fragmento que no había pensado en dar a luz hasta tener concluidas las once leyendas.

Ignoro si algún día llegaré a completar mi pensamiento; para ello necesito un estímulo muy fuerte, porque el trabajo es penoso, y no me encuentro con el suficiente ánimo para continuarle, teniendo en este caso que desatender la novela y el periodismo que me ocupan constantemente, proporcionándome momentos de verdadera satisfacción.

Leyenda primera.

Alfonso el Católico. (1)

INTRODUCCIÓN.

Está la noche serena;
su pálida luz dudosa
en el confín asturiano
extiéndose melancólica.
Blanca la luna cernía
su bella faz en la bóveda
del azulado elemento
entre fugitivas sombras,
que fórmanse solitarias
en las escarpadas lomas,
donde tímida refleja
su pura luz amorosa,
risueños y hermosos valles
cubiertos de verde alfombra
distinguen, y a lo lejos
del mar las peladas rocas.
Más allá pardas ruínas
de mil fortalezas godas
cayendo a impulso violento
del cierzo que las destroza.
Y mírase lentamente
que un castillo se desploma,
pues sus señores huyeron
cual bandadas de palomas.
Allá los muros sombríos
de una ciudad española,
que el manto de las tinieblas
sombriamente la entolda.
Mas no importa, lector, llega
que aún puede tu vista torva

penetrar en los lugares
que holló la morisma odiosa.
Penetra, y mira su alcázar
que invade chusma traidora,
en tanto que nuestros Reyes
refúgianse en Covadonga.
Profánanse los altares,
los templos se desmoronan,
cambiando la fe de Cristo
por la secta de Mahoma;
profeta que los infleles
con torpe creencia adoran,
y arrojan la sacra imagen
de la Virgen amorosa.
Y al expulsarla del templo
con estupidez sardónica,
es convertida en mezquita
la Santa Iglesia católica.
Tiembla de pavor el alma
recordando de la historia
aquellas páginas negras
que con su manto la entoldan.
Y el pensamiento atrevido
alas indignado toma,
retrocediendo diez siglos
allá en Asturias se posa.
Venid a mí los que ufanos
tengáis la sangre española;
venid, del primer Alfonso
restauremos la memoria.
Sigámosle en sus batallas,
en sus hazañas heroicas,
y presentemos al mundo
su ejemplo con luz gloriosa.
Y tú, Virgen sin mancilla,

Reina del cielo y Señora,
préstale a la lira mía
grata vibración armónica.
Quiero cantar, y mi alma
hoy a tu planta se postra,
pidiéndote inspiraciones
para mis ECOS DE GLORIA.

SELIMA.

I
Allá en Galicia ostentábase
en una ciudad hermosa,
la Media Luna orgullosa,
enseña del musulmán.
Los fieles acongojados
huyen a escondidos valles,
y en Lugo, plazas y calles,
domina el caudillo Osmán.
Entrégase al blando sueño
la morisma descuidada,
en tanto que enamorada
vuela en alas del amor
la encantadora Selima,
que en su alcázar retirada
aguarda seña o palmada
en oculto mirador.
Es noche de primavera,
templada y de aromas llena,
dulce, apacible y serena,
con su firmamento azul;
cuajada de rutilantes
estrellas que orlan su manto,
y con chispas de amaranto
bordan su diáfano tul;

con el rumor de la brisa,
tenue galopar lejano
de un alazán jerezano
Selima atenta escuchó.
Ya de la ciudad los muros
el jinete atravesando,
hasta el alcázar llegando,
con soltura desmontó.
Tira la rienda a un esclavo,
y un retirado postigo,
de sus amores testigo,
hizo a su empuje ceder.
Penetra en larga alameda,
sube a una estancia moruna,
cuando el fanal de la luna
comienza fúlgido a arder.
«Bien mío, dijo llegando
a su adorada Selima;
deja que mi labio imprima
en tu mano celestial.
Deja que beba en tus ojos
la luz que mis pasos guía,
tú el astro de mi alegría,
el consuelo de mi mal.
¿Mas no respondes? altiva
por de más y desdeñosa
te encuentro, mi dulce hermosa;
mudos tus labios están.
Acaso en mi larga ausencia
de mí te habrás olvidado;
por Alá que enamorado
cual siempre vuelve tu Osmán.
-No merece de Selima
el amor ningún vencido,
si derrotado y perdido

dejó en la lid su pendón.

-¡Selima!

-Tu voz severa

no acobarda el alma mía,

nunca con mengua daría

a un esclavo el corazón.

-Ved que soy libre...

-¿Y qué importa

si derrotado volvisteis,

y allá en el campo perdisteis

con las huestes el honor?

-No culpes, Selima mía,

mi brío ni mi pujanza,

que rota quedó mi lanza

en el bravo vencedor.

-¿Y quién es ese caudillo

de arrogancia tan ufana?

-De la nación asturiana

el más noble paladín.

Alfonso tiene por nombre,

Rey su ejército lo llama,

y su bravura se inflama

a los ecos del clarín.

Nada a su empuje resiste

a su bizarra hidalguía,

sólo su valor podría

tan alta hazaña alcanzar.

Rompió mi lanza en pedazos,

y por el aire esparcida,

con ella fuera mi vida,

mas no me quiso matar.

-¿Y huiste?

-Con ligereza;

gracias a mi potro overo,

a Lugo llegué el primero,

mi ejército a reponer.

-¿Y el honor? Es una prenda
que perdida no se cobra.

-Mi plan poniendo por obra
prometo a Alfonso vencer.

-¿Confías?

-Tengo esperanza
de derrotar al cristiano;
mi corazón africano
humillará su altivez.

-Pues a la lid; de un esclavo
nunca serán mis amores;
si ellos son los vencedores,
no vuelvas aquí otra vez.

-Ya en mi ciudad nada temo;
sabré en ella hacerme fuerte:
si ayer fue esquiva la suerte,
hoy halagará mi sien.

Adiós, mi dulce Selima,
vencedor seré mañana,
y tú serás la Sultana,
tú la Reina de mi harem.»

II

El alba en el Oriente aparecía,
coronada de bellos resplandores,
y era de mayo delicioso un día
impregnado de aromas y colores.

Un cielo azul, magnífico lucía
de la hermosa mañana a los albores,
cuando el pendón de Asturias venerado,
por la hueste leal es adorado.

Cerca de Lugo en la campiña bella
el Católico Rey se preparaba

nueva lid a emprender: su buena estrella
mil triunfos y conquistas le auguraba.
Viva la luz de su piedad destella,
que en portátil altar se celebraba
el santo sacrificio, y los guerreros
inclinaban humildes los aceros.

Alta y serena la mirada ardiente
de apacible semblante bondadoso,
el Católico Rey alza la frente
apartándose el yelmo presuroso.
Al cielo eleva su oración ferviente,
y en el acto sublime y religioso
inclina la cabeza coronada
recibiendo la Hostia consagrada.

¡Oh qué escena tan bella, tan sublime,
ver los nobles astures rodeando
el sagrado pendón que hollado gime
por el impuro y agareno bando!
La santa fe que su fervor imprime,
indómito valor les va inspirando,
y ante el altar postrada la rodilla
juran lavar su afrenta y su mancilla.

La bendición reciben, y al momento
al combate se apresta valerosa
la reducida hueste, en movimiento
poniéndose entusiasta y presurosa.
Ya en Lugo les aguarda Osmán, sediento
de vengar su derrota vergonzosa,
y armando sus caudillos africanos,
se promete vencer a los cristianos.

A su hermosa Selima le asegura

con promesas de amor feliz victoria,
y en insensato vértigo la jura
volver cubierto de triunfante gloria.
Él funda su esperanza de ventura
en quimera fantástica ilusoria,
y en su rencor ardiente y furibundo
pretende osado conquistar el mundo.

Sueña con altos triunfos denodados;
y en locos y falaces desvaríos,
llégase a imaginar que avasallados
serán por fin los asturianos bríos;
que aquel puñado de héroes esforzados
embotarán sus ánimos bravíos,
y de la España toda en las almenas
dominarán las armas sarracenas.

Sueño falaz, de extraviada mente
proyectos de quimérica fortuna;
nunca en Asturias se elevó potente
ni triunfará la odiosa Media Luna.
Si traidora invasión la alzó inclemente
conquistando ciudades una a una,
al destruir la goda monarquía,
otra más grande y fuerte se alzaría.

De sus mismas ruinas elevada,
escasa y de terreno reducida,
en un palmo de tierra levantada,
por un puñado de héroes sostenida,
alzose la que un día celebrada,
por su inmenso valor engrandecida,
arrojaría la invasora gente
y plantara la Cruz eternamente.

Del adalid cristiano la pujanza
no se amengua al mirarse empobrecido,
y en su naciente solio se afianza,
que el amor de su pueblo ha sostenido.
Como guerrero intrépido se lanza
a engrandecer su reino perseguido,
y en su entusiasta fe grita con brío:
«¡Sus! mi ejército fiel, que Lugo es mío.»

III

Al belicoso grito del monarca
los bravos montañeses se enajenan,
prorrumpiendo en vivísimo alborozo
al descubrir de Lugo las almenas.
«¡Hela ya la ciudad! claman con brío:
su gran campiña, su espaciosa vega,
serán nuestros salones y palacios
en tanto humilde el musulmán la entrega.
Pero no tardará; caiga el impío,
que tras su muro impávido se encierra;
caiga la Media Luna y en sus torres
se alce la Cruz de salvación eterna.
-¡Asturianos, valor! el Rey les dice;
hoy vamos a probar la gentileza
de los nobles y fieles paladines
al defender su altiva independencia.
Esa ciudad de sombreadas torres
y de campiña tan feraz y extensa,
que mustia y abatida gime aislada,
un día fue grandiosa y opulenta.
Pero sonó de la venganza el grito,
y al fuerte impulso de traición artera,
cayeron de su solio los monarcas
y perdió nuestra España su grandeza.
Invasora nación, bárbara, injusta,

extendió con desdoro su bandera,
hollando nuestra frente enrojecida
de trémulo coraje y de vergüenza.
Para siempre la goda monarquía
hundió en el polvo su arrogancia excelsa,
pero otra se levanta poderosa
que vengue de su patria las afrentas.
En Covadonga se elevó triunfante
del gran Pelayo en la valiente diestra
nuevo pendón que restauró atrevido
de su nación la dinastía regia.
Pobre es el cetro que mi mano empuña,
escasas de mi reino las ofrendas,
pero valor me sobra, y mis vasallos
leones son de indómita fiereza.
Con ellos venceré: la fe cristiana
hoy en mi pecho con vigor alienta;
del sumo Dios la protección invoco,
y su divina Cruz será mi enseña.
¡Sus, valientes, a mí! caiga el intruso;
al infiel musulmán liza sangrienta;
vengamos la opresión de nuestros lares,
de nuestros pueblos la espantosa mengua.»

El Católico Rey, entusiasmado,
audaz prosigue su gigante empresa;
cercando la ciudad, paciente aguarda
a que el infiel sus escuadrones mueva.
Digna es de ejemplo en los futuros siglos
del augusto monarca la paciencia,
su gran piedad magnánima y sublime
y su valor y religión austera.
Miradle: sus alcázares reáles
los campos son de su asturiana tierra,
su lecho es una piel en duro suelo,

sus pabellones la azulada esfera.
Y siempre grande, generoso y fuerte,
lleno de fe su corazón se eleva,
ni a la fatiga, privaciones ni hambre,
su espíritu altanero se doblega.
¿Y qué es de Osmán en tanto? Penetremos
en la ciudad sitiada y turbulenta
donde se agita un pueblo enfurecido
pidiendo pan en algazara extrema.
Ved a Selima, la graciosa mora,
en el alcázar agitar la diestra,
y denostar al tímido caudillo
que ante su planta su sentencia espera.
«¡Álzate! dice, por Alá, que el cielo
no te dotó de valentía inmensa,
y gimes a mis pies cual mujerzuela
que a sus temores con pavor se entrega.
Alza y tremola tu pendón osado,
vencedor en mil lides más soberbias;
reúne tus caudillos, y que al punto
retiren los cristianos sus banderas.
Y vuelve por tu honor como valiente;
sal de nuestra ciudad a la defensa,
que a tu custodia la dejó mi padre,
fiado en tu valor y tu destreza.
Tuyo será mi amor si victorioso
vencieres al cristiano en la pelea,
y atado ese monarca cual esclavo
con sus guerreros en mi hogar presentas.
Pero si vuelves trémulo y vencido,
sentirás de tu patria el anatema,
y con su grito te dirá mi labio:
eres cobarde, Osmán; maldito seas.»
No escuchó más el agareno; al punto
sus escuadrones en la plaza ordena,

al frente se coloca, y atrevido
pónese en marcha y al cristiano llega.
El gran Alfonso le aguardó con brío,
preparada su hueste a la pendencia;
vinieron a las manos iracundos,
y encendióse el ardor de la refriega.
El sol velado entre celajes rojos
llegaba a la mitad de su carrera,
cuando ambos combatientes a porfía
redoblaban los golpes de su diestra.
La llanura se cubre de trofeos,
de miembros y cadáveres se llena,
la sangre generosa se derrama,
sin decidirse la fatal contienda.
Ambos a dos bizarros paladines
infunden el valor con su presencia
el coraje y la indómita bravura
del cristiano es igual a su altiveza.
Él se halla en el lugar de más peligro,
y de sus tropas el fervor alienta
con su constancia y atrevido empeño,
sus rudos golpes y su faz serena.
A millares los moros van cayendo;
otros cobardes de la lid se alejan;
ya la victoria por el gran Alfonso
decide la divina Providencia (2).

IV

Sus tesoros de luz y de armonía
el cielo azul purísimo derrama;
se escucha por doquier bélico ruido,
y la ciudad de Lugo se engalana.
Con emoción dulcísima escucharon,
los cristianos la voz de las campanas,
que al saludar al vencedor augusto

sus lenguas de metal se desbordaban.
Los esclavos que gimen en mazmorras
salen en libertad con algazara,
abrazando a los bravos campeones
que libertad y vida les salvaran.
Todo es animación, todo bullicio,
y plácemes al Rey, que no escuchaba
más voz que su piedad y su conciencia,
que órdenes semejantes le inspirara.
«Al punto la mezquita se consagre;
y en nuestra santa iglesia restaurada,
colóquense mis estandartes regios,
cual ofrenda a la Virgen sacrosanta.
Restablézcase el culto, y Odoario (3)
su palabra evangélica y cristiana
extienda por los ámbitos del templo,
con elocuencia mística y sagrada.
Ensálcese a María, Virgen pura,
cuya divina protección nos salva,
rindiéndola oraciones y trofeos
en cánticos de amor y de alabanza.
En este día de perpetuo gozo,
do la victoria coronó mi causa,
piedad debemos al linaje humano:
que nadie sufra vejación infausta.
Esos infieles que vencidos gimen,
sectarios de una causa tan nefanda,
puedan marchar con libertad completa,
o quedarse en su hogar al que le plazca.»
Después de dar sus soberanas órdenes,
el Católico Rey se retiraba,
cuando una mora de sin par belleza,
en continente altivo se adelanta.
Velado el rostro con cendal tupido
que sus encantos misterioso guarda,

el pecho palpitando de osadía
y sus hermosas formas de arrogancia,
le dice al Rey con voz encantadora,
más que las auras melodiosa y grata:
«Escúchame ¡oh paladín bizarro!
dispensador de bienes y de gracias,
¿Qué me darás a mí, cuando he perdido
la ciudad que mi padre me entregara
al partir para el África, seguro
de mi valor heroico y mi constancia?
¿Qué me darás, ¡oh Rey! que en este alcázar
era mi voluntad la soberana?
mi voz se obedecía, y mil esclavos
perfumes a mi planta derramaban.
-Te doy la libertad», la dice Alfonso.
-No hay libertad para quien vive esclava,
la mora le replica; y sólo anhelo
para los míos tu cumplida gracia.
-Mi palabra te doy de que sus vidas
serán como la tuya respetadas.
-Grande cual tu valor, Rey asturiano,
es la nobleza egregia de tu alma;
gracias por ese don; mi pecho ardiente
depone humilde su ominosa saña;
de tu valor y tu grandeza lleno,
mi corazón altivo se arrebató;
hoy te rindo homenaje, y algún día
sabrás pagar tu ofrenda una africana.»

V

Triste, abatida la nación hispana,
dobló su altiva frente,
hundiendo su grandeza soberana
en la playa africana,
hasta elevarla un día floreciente.

¡Oh! ved cuál dominaron con fortuna
los moros en Toledo,
y fueron a plantar su Media Luna
en la Emérita fiel, cuando ninguna
igualó su denuedo.

La península ibérica se humilla
a su yugo ominoso;
sólo un país no dobla la rodilla,
y ostenta sin mancilla
de Constantino el lábaro glorioso.

Ese pueblo es Asturias: ¡cuán fecundo
el germen de virtud brota en su seno,
y de coraje lleno
a dominar con su poder el mundo
se alza grande y sereno!

¡Miradle! al pie de la riscosa sierra
crea una monarquía,
que pobre y sin recursos sólo encierra
treinta leguas de tierra
y un mundo de valor y de hidalguía.

Sin armas, ni riquezas, ni soldados,
se lanzan a campaña
los bravos montañeses esforzados,
y en breve derrotados
son los usurpadores de la España.

Su indómito valor, su fe sincera,
su arrojo temerario
admira siempre la nación ibera,
que miró su bandera

tremolar en el campo del contrario.

Al frente de sus huestes valerosas
el inmortal guerrero,
el Católico Alfonso, alzó gloriosa
su enseña generosa,
que espanto pone al musulmán artero.

Ya ese pueblo que triste y abatido
en la abyección gemía,
se levanta entusiasta y aguerrido,
alzando enardecido
de uno al otro confín voz de alegría.

Su reciente reinado se engrandece
con la toma de Lugo,
y de su Rey el nombre se enaltece;
de su pueblo el amor rápido crece
bajo su blando yugo.

Sigamos ¡ay! la luminosa huella
de sus triunfos brillantes:
en Tuy, en Braga, Oporto, do destella
su victoriosa estrella,
y en otras ricas plazas importantes.

VI

Tendía la luna sus pálidos rayos,
mostrando amorosa su cándida faz;
el campo cristiano se agita intranquilo,
que huyó de su pecho el sueño y la paz.
En ancha llanura, cercana a Ledesma,
y en lecho de pieles de rojo color,
se mira al guerrero, al Rey don Alfonso,
postrado al impulso de acerbo dolor.

Aquel que atrevido rindiera a sus plantas
cien pueblos que el moro robonos infiel,
el héroe glorioso, el noble asturiano,
honor de la España, su orgullo y su prez;
aquel que elevara la Cruz sacrosanta,
y diera a su reino tan grande extensión,
el Rey de los reyes, piadoso y guerrero,
que dio a su corona tan bello florón;
el padre del pueblo padece y delira,
y en fiebre se agita de muerte quizá;
en torno circulan sus fieles soldados,
cubierta de llanto la pálida faz.
Allí cabe el lecho se mira a Selima,
postrada de hinojos, con dulce fervor,
rogar por la vida del hombre querido
que inspira a su pecho fanático amor.
La hermosa Sultana, la mora arrogante,
de orgullo extremado, de altivo ademán,
amé al Rey Alfonso, por fuerte y por bravo,
y odió por cobarde al pérfido Osmán.
Su amor es sublime, ardiente, profundo,
que turba su mente, su débil razón,
amor de africana, inmenso, extremado,
que llena entusiasta su gran corazón.
Por él de su padre perdió los halagos,
dejó de su alcázar el lujo y placer,
y en pos de su amante, vestida de paje,
se aleja y expone gustosa su ser.
Por una sonrisa, por una mirada,
por verle en la lucha gallardo y gentil,
daría Selima su gloria, su alma,
daría entusiasta mil vidas y mil.
Por eso abatida se entrega al quebranto,
herido contempla su amante real,
y al pie de su lecho se agita llorosa,

sintiendo su pecho delirio fatal.
Atenta le mira, espía su sueño,
y al ver que sus ojos comienza a entreabrir,
se acerca, y en ellos fijando los suyos,
la dulce esperanza miró sonreír.
Advierte en el pecho del noble guerrero
la imagen hermosa del Sumo Hacedor,
y ante ella promete hacerse cristiana,
en voto sublime de ardiente fervor.

VII

¡Pobre Selima! rendida
a un amor que la devora,
deja su patria querida,
y da gustosa su vida
por el amante que llora.

Lo ve pálido en su lecho,
y juzga verle morir;
se oprime su noble pecho
a impulso de hondo despecho,
y sólo sabe gemir.

«¡Oh Virgen de los cristianos!,
exclama con grave afán,
al Rey de los asturianos
salva la vida, y mis manos
coronas te ofrecerán.

Yo contrita y humillada
inclinare la rodilla,
te amaré, Virgen sagrada,
y moriré resignada
al pie de tu regia silla.

Pero, sálvele ¡oh María!
sálvele mi ardiente amor;
él es la estrella que guía,
que da luz al alma mía
con su hermoso resplandor.

Por el de África las galas
de mi cabeza arranqué,
alcé atrevida mis alas,
opuse el pecho a las balas,
y hoy tocas me ceñiré.

Por él, Señora del mundo,
la pompa olvido y las flores,
y mi cariño profundo
es un manantial fecundo
de penas y de dolores.

Mas ¡ah! ¡qué importa! dichoso,
contemple yo al amor mío,
viva tranquilo y gozoso,
no de la muerte el reposo
apague su poderío.

Cual astro de su reinado,
cual sol que su pueblo mira,
viva del mundo admirado,
ya que su nombre adorado
respeto y amor inspira.

Yo cual estrella naciente
giro en torno de su luz,
eclipsada eternamente
por el brillo refulgente
de su piadosa virtud.

Virtud que admira mi alma,
de que es Alfonso modelo,
por la que pierdo la calma
cuando él se lleva la palma
que irá a ostentar en el cielo.

Indiferentes sus ojos,
no dan consuelo a mi mal,
y al acrecer mis enojos,
no ven en mis labios rojos
la brillantez del coral.

¡Ay! pobre flor desdeñada,
tu cáliz al mundo cierra,
y triste y enamorada
busca en el claustro morada,
y en él tu pasión encierra.

En un claustro, Virgen pura,
iré de tu amor en pos,
rogando por su ventura;
bajo tu amparo, segura,
podré adorar a su Dios.

Mas hoy, que cobre su pecho
la animación y la vida,
y abandonando ese lecho,
ámbito menos estrecho
de nuestra suerte decida.

En ese país dichoso,
donde mi vista se clava,
en ese pueblo glorioso
do reina Alfonso el Piadoso,

será Selima su esclava.

Tributaré mis cuidados
a sus hijos y a su esposa,
y esconderé desolados
mis celos desesperados
tras de mi pasión hermosa.

Nunca de mal proceder
que mi conciencia me arguya;
noble y grande quiero ser,
y olvido mi padecer
con una mirada suya.

Esos seres arrogantes,
de corazón tan sereno,
nos dan ejemplos brillantes,
y en brevisimos instantes
al malo le tornan bueno.

Él es noble, altivo y fuerte,
de sublime corazón;
ofrezco a sus pies mi suerte,
¡oh! y aunque arrostre la muerte,
digna será mi pasión.»

VIII

¿Qué fue de Osmán? preguntarán curiosos
con impaciente anhelo mis lectores
dejando a los cristianos victoriosos,
os daré de su vida pormenores.

Después de la batalla, ensangrentado,
mordiendo el polvo en iracunda saña,
del campo se alejó desesperado,

y en breve tiempo abandonó la España.

Supo por los esclavos que siguieron
tras su nefanda huella, cómo altiva
les dio Selima libertad y huyeron,
quedando del gran Rey ella cautiva.

Supo que enamorada de su porte,
de su heroico valor y bizarria,
orgullosa seguiale a su corte
con mengua de su raza y nombradía.

Tan tristes nuevas escuchó el caudillo,
y de enojo ceñuda su ancha frente,
torvas miradas de siniestro brillo
lanzó iracundas al jurar su muerte.

«¡Oh! yo me vengaré, dijo con ira,
mi corvo alfanje se hundirá en su pecho;
si tras la planta del cristiano gira,
blanco serán los dos de mi despecho.»

A Damasco llegó; y en el momento
al padre de Selima se presenta:
«Vengo, le dice, de beber sediento
la sangre de tu hija que te afrenta.

Escucha ¡oh Muza! la veraz historia
de la ciudad de Lugo, confiada
a nuestra lealtad siempre notoria,
y en mal hora perdida y mancillada.

¡Oh, mancillada, sí! Tu hija alevosa
al monarca asturiano se la entrega;
ríndele la ciudad, y licenciosa

va tras su huella enamorada y ciega.»

«¿Y así, con esa calma, has arrojado
sobre mi rostro la afrentosa mengua?»
le grita Muza, pálido, indignado:
y en improperios desató su lengua.

Calmose un tanto de su enojo fiero:
«Vuelve otra vez, le dijo, vuelve a España,
disfrázate de monje o bandolero,
y clava este puñal en su honda entraña.

Muera Selima y el cristiano impuro,
de ambos a dos el corazón te pido,
y por el gran Profeta, Osmán, te juro
que pagará este ultraje el fermentido.»

El puñal escondió sobre su seno
el desairado amante de la mora;
saluda a Muza, y de coraje lleno,
dijo: «¡me vengaré de la traidora!»

IX

Algún tiempo después, una mañana,
dulce, tranquila y de armonías llena,
cuando la aurora fúlgida derrama
sus tesoros de luz, ámbar y perlas,
cuando mecido el céfiro en los valles
susurra con las aguas placenteras,
remedando el suspiro de los ángeles
o el canto de las aves en la selva,
alzábase un murmullo allá en Asturias,
en un pueblo feliz de gloria eterna:
era en Cangas de Onís, la villa ilustre
que en ansia loca a su monarca espera.

Era la heroica corte de los Reyes
engalanada con su real diadema,
que ostentaba trofeos y pendones
que conquistó su Rey en liza abierta.
Era un pueblo de niños y de ancianos,
y de mujeres animosas, bellas,
que con palmas y lauros aguardaban
al gran restaurador de su opulencia.
Sobre la turba había una matrona
ciñendo altiva la corona regia,
y a su lado tres ángeles hermosos
de dulce faz y blonda cabellera.
Es la Reina Ormesinda con sus hijos,
a quien el gozo de su pueblo alegra,
y el júbilo comparten celebrando
de cien batallas la victoria excelsa.
Un grito embriagador, alto, sublime,
un prolongado viva, do quier suena,
fuertes acentos de metal sonoro
al aire lanzan vibración suprema.
La multitud avanza jubilosa,
y el ejército real a Cangas llega,
y ornado de banderas y trofeos,
el Católico Alfonso a la cabeza.
Mil esclavos le siguen silenciosos
admirando su gloria y su grandeza,
que al carro de su triunfo atadas vienen
de cien pueblos las llaves y preseas.

X
En
un salón del Alcázar

el Rey Alfonso penetra,
y aún ensordecen el aire
los vivas y las protestas.
El pueblo saluda al héroe,
las madres bendicen tiernas
al buen padre que sus hijos
condujo a victoria cierta,
y todos con ansia loca
besando van las banderas
a los moros conquistadas
con la sangre de sus venas.
Y en tanto en inmenso júbilo
el vecindario se alegra,
el gran don Alfonso dice
en alta voz a la Reina:
«Esposa y señora mía,
de mi amor la dulce dueña,
pongo a tus pies una esclava
de notable gentileza.
Ella me salvó la vida
en los campos de Ledesma,
y ante mi lecho de muerte
veló como madre tierna.»
A estas palabras del Rey
postró una rodilla en tierra
la encantadora Selima,
diciendo de esta manera:
«¡Oh Reina de los cristianos,
hermosa Sultana, bella,
permite que una africana
humilde tu esclava sea.
La cólera de mi padre
ruge sobre mi cabeza,
y las borrascas del mundo
mi corazón amedrentan.

Yo aprendí, señora mía,
que hay una Virgen excelsa
que acoge bajo su manto
la orfandad y la indigencia.
Supe por vuestros guerreros
que la Religión austera
del que muriera en el Gólgota
es base de las grandezas;
es antorcha de verdad,
no oscurantismo y miseria,
como la ley que yo abrigo
de mi patria y su Profeta;
esa fe suma, que al campo
en vez de guerreros lleva
leones y héroes gloriosos
que ostentan la cruz egregia;
esa luz brilló en mi alma,
y mi corazón anhela
profesar esas doctrinas
y ser tu esclava en la tierra.»
Ormesinda suavemente
tendió a Selima la diestra,
y exclamó con un acento
de gracia y dulzura extrema:
«Bien venida a mi palacio
la mora que su creencia
olvida, y recibe en cambio
la luz de toda belleza.
Te presentaré en el templo,
y ante la Virgen suprema
harás tu cumplido voto
y entrarás en nuestra secta.
Hoy por primer beneficio
te doy libertad completa;
no quiero a mi lado esclavos;

serás mi dama primera.
Y de mi agradecimiento
recibe, cual débil muestra,
esta imagen de María
que al Rey guió en la pelea.»
Alzose con majestad,
y con altivo talante
pidió a su esposo la prenda
que acababa de ofrecer.
Quitósela apresurado,
y en el cuello de Selima
colocan la pura ofrenda
con entusiasta placer.
Con gozo la triste mora
la recibió de sus manos,
y exclamó: «Somos hermanos,
hermanos en religión.»
Luego, ahogando sus acentos
y recobrando la calma,
juró en el fondo del alma
extinguir su honda pasión.
El pueblo prorrumpió en vivas
y sonrió la natura;
una nueva criatura
reconoció al Salvador.
Sonaron mil armonías,
y los fastos españoles
dicen brillaron tres soles
de extraordinario fulgor (4).

XI

Era una noche, lóbrega y oscura,
de esas que al alma infunden
triste pavor,
cuando de Cangas en el real palacio,

la servidumbre demostraba ansiosa
su hondo dolor.

Allá en un camarín yace doliente,
perdida la esperanza
ya de vivir,
la piadosa Ormesinda, rodeada
de monjes venerables que la ayudan
a bien morir.

Doquier revuelve los turbados ojos,
y en su mirada brilla
resignación,
clavándola en sus hijos, en su esposo,
y después en Selima, que lloraba
con aflicción.

Quiso hablar, y la voz extinguida
en su garganta trémula
no se advirtió;
pero en el ademán de su congoja
comprendió el Rey que a la mora
le señaló.

Con inefable gozo su semblante
brilló sólo un momento
muy fugaz;
de protección un signo dirigiola,
y un adiós a los seres de su aprecio,
muriendo en paz.

.....
Selima por su reina
lloraba sin consuelo,
sus celos ocultando
allá en su corazón.

Para ella fue una madre
tiernísima, amorosa,
y a su piedad hermosa
debió la salvación.

Amábala su pueblo
por sus virtudes puras;
de tristes criaturas
siempre el amparo fue.
Y al desatar del mundo
los lazos terrenales,
su alma elevose al cielo
en alas de la fe.

XII

Una mañana temprano,
en el jardín paseaba
el Rey Alfonso, seguido
por una joven cristiana,
que recatando el semblante
con un cendal como el alba,
con inquietud recelosa
paso a paso le acechaba.
El Rey sin temor ninguno
de peligro ni emboscada,
envuelto en su largo manto
tranquilo siguió su marcha.
Tibios los rayos del sol
débilmente coloraban
de los álamos las copas
reflejándose en la escarcha:
«Fresca, apacible y hermosa
aparece hoy la mañana»,
dijo, contemplando el cielo,
y con voz dulce y callada.

Luego tomando una calle
de rosales y de acacias,
llegó al extremo, y sentose
en una eminencia escasa.
En abstracción melancólica
quedó sumida su alma,
y no sintió el leve ruido
con que crujió la hojarasca.
Momentos antes sombrío
apareció en la enramada
un monje de torvo ceño,
y se colocó a su espalda.
Entre el hábito raído
y el seno, oculto llevaba
un puñal, que brilló un punto
suspenso sobre el monarca.
Un minuto, y el infame
hundido hubiera su arma
en el astur valeroso
que cien pueblos conquistara.
Indefenso el noble anciano,
ni aun su augusta faz mostraba,
porque oculta la tenía
pensativa entre sus palmas.
Del asesino brillaron
los ojos con luz satánica;
alzó el brazo regicida,
y su golpe aseguraba,
cuando un grito poderoso
y un cuerpo humano se lanza
con violencia espantosa
entre el puñal y el monarca.
«¡Tente, bárbaro!, le dijo,
mi pecho solo desgarras.»
y envuelta cayó en su sangre

en brazos del Rey la esclava.
Era Selima, antes mora
y después noble cristiana,
a quien la Reina Ormesinda
llamó María de Gracia.
¡Era ella! ¡la pobre mártir!
la tórtola enamorada,
que su amor casto e inmenso
guardó en el fondo del alma.
Ella, que al Rey don Alfonso
con tanto delirio amaba,
que su reposo y su vida
audazmente le consagra.
Al asesino atrevido
una víctima no basta,
y prepárase a la lucha
con el Rey, que le rechaza.
Y con brioso coraje
por el pescuezo lo agarra,
dejando a Selima en tierra
moribunda entre unas ramas.
Le quita su propio alfanje,
el negro hábito le rasga,
y al reconocer a un moro,
en el pecho se le clava.
Luego acudió presuroso
a donde Selima estaba,
y restañando su sangre
de aquesta manera exclama:
«¡Dulce María! ¡hoy mi vida
perdiendo la tuya salvas!
¿Con qué podré yo pagarte
esta sangre que derramas?
¡Vas a morir! bella niña.
¡Tan joven, y por mi causa,

cuando el mundo te ofrecía
sus aromas y sus galas!
¡Oh! por salvarte yo diera
los tesoros de mis arcas:
diera mi reino y la gloria
que recogí en la campaña.»
Abrió los ojos la triste,
y con lánguida mirada
clavolos en don Alfonso,
murmurando estas palabras:
«Adiós, Rey, voy a morir...
perdona si el labio exhala
un gemido de amargura
que del corazón se escapa.
Adiós, adiós... yo bendigo
mi muerte porque te salva:
ella te muestre el ardor
con que mi pecho te ama.
¡Oh sí! te amó con delirio
mi corazón entusiasta
desde el día que admiré
tu valor y tu arrogancia.
Te amé siguiendo un impulso
que brotó cual viva llama,
y creció grande, gigante...
¡Oh! tanto, que ya me abrasa...
Perdóname si este amor
guardé en el fondo del alma:
hoy, Alfonso, lo confieso,
para morir resignada.»
Calló Selima un momento,
y agitándose con rabia
el asesino, que inerte
los cabellos se mesaba,
dijo, lanzando un rugido

y una imprecación extraña:
«¡Infame, traidora, infiel,
maldecida de tu raza!
Vas a morir cual un perro,
víctima de mi venganza.»
«¿Quién eres?» exclamó el Rey
con un grito de amenaza.
«Reconoce ese puñal,
comprenderás quién te mata.»
Y así diciendo, arrojó
sobre aquella infortunada
el hierro que aún en sus manos
moribundo conservaba.
Y obedeciendo al impulso
con que el infiel lo arrojara,
se fue a clavar en el tronco
de aquella florida acacia,
en la cual el cuerpo herido
de la joven se apoyaba.
Ésta le mira, y al punto,
reconociéndole, exclama:
«¡Es el puñal de mi padre!
¡Ay! ¡perdón, padre del alma,
si abandoné tus hogares,
tus creencias y tu casta!
Perdón ¡oh Rey! para él...
demando por sola gracia...
que quiero morir tranquila...
¡Ampárame, Virgen Santa!»
La joven se desmayó,
el moro tornó a jurar;
el Rey su guardia llamó,
y a los dos los trasladó
a más cómodo lugar.

XIII

En camarín oculto y silencioso,
y con pálida faz, dulce mirada,
hallábase Selima, y a su lado
el Rey que con amor la contemplaba.
Un mes pasó desde que Osmán hundiera
el puñal en el seno de la esclava,
cuyo tiempo doliente y afligida
pasa la triste en singular batalla.
Con la muerte luchó, y al fin hermosa
su altiva juventud triunfó gallarda,
apartando animosa de su pecho
de la segur horrenda la guadaña.

«Gracias a Dios que te veo
aliviada, el Rey la dice.

-Sí; pero aquel infelice
¿murió, Alfonso, según creo?

-Pagó su negra traición.
¡Oh! por su muerte, María,
no le tengas compasión,
merecida la tenía.

-Es verdad, el fementido
quiso vengarse de mí
clavando el puñal en ti,
que me hubieras defendido.

-Descanse en la tumba en paz;
su venganza es perdonada,
porque contemplo tu faz
levemente sonrosada.

-Al sumo y grande Hacedor
plugo dejarme la vida,
y al serme así concedida,
también me otorgó tu amor.»

Esto diciendo la hermosa,

subió el carmín a su frente,
y con voz dulce, amorosa,
persuasiva y elocuente,
dijo el Monarca: «Mi bien,
¿cómo no amarte, si eres
la gloria de las mujeres,
y es tu cariño un edén?
¿Por qué, arcángel peregrino,
a quien la virtud abona,
no tuviste otro destino,
ceñirías mi corona?
¿Por qué naciste africana,
y de esa raza perjura,
que arroja la Cruz cristiana
y nuestro exterminio jura?
¡Ah! ¿por qué? ¡Yo te amo tanto,
que sin vacilar, María,
henchido de fe y de encanto,
a mi solio te alzaría!
Pero ¡imposible! no puedo
de mi pueblo la creencia
herir, cuando le concedo
una gloriosa existencia.
-¡Oh triste suerte! en mi pecho
viva oculta mi pasión;
es el mundo muy estrecho
para tu gran corazón.
Allá en los valles amenos,
en la orilla de los ríos,
oirás los suspiros míos
de amor y de angustia llenos.
Viviré en la soledad,
lejos del mundo y los hombres;
nunca unidos nuestros nombres
oiga la posteridad.

De tu pueblo respetando
la aversión hacia mi raza,
viviré oculta, adorando
al que mi amor no rechaza.

-¡Oh! yo tu esposo sería
si una boda clandestina
tu suerte uniera a la mía.

-¿Y si el pueblo la adivina?

-¡No es posible! nuestros lazos,
un sacerdote en secreto
bendice, y yo te prometo
dulce ventura en mis brazos.

-¡Oh gracias! comprendo, sí,
el impulso que te mueve;
quien te ama con frenesí
a todo, Alfonso, se atreve.

-Luego aceptas.

-Con el alma.

-¡Bendita sea tu boca!

-¡Mi amor te dará la palma!

-¡Oh! el gozo me vuelve loca.»

EPÍLOGO.

El noble Rey se casó
con la dama de su esposa
siendo cristiana, aunque antes
esclava fue y nació mora.

Ignoró aqueste suceso
entonces la corte toda,
y después de muchos siglos
hoy mismo muchos lo ignoran.

Yo lo encontré por acaso
en antiquísima crónica,

la cual dice que Selima
fue pronto madre amorosa.

Tuvo un hijo que su padre
crió en palacio con honra;
llamábase Mauregato (5),
y al fin ciñó la corona.

Termina aquí mi leyenda:
lector, si te es enojosa,
sabe que no es cosa mía,
la he sacado de la historia.
FIN DE «ALFONSO EL CATÓLICO».

Segunda leyenda.
Alfonso II el Casto.

RESUMEN HISTÓRICO.

Alfonso II el Casto empezó a reinar en el año 791, y murió en 842. Su largo reinado fue próspero y memorable para los españoles, pues les alivió de la opresión de los sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo a que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo muchos y señalados combates contra los moros, derrotándoles, principalmente cerca de Ledos, en Asturias, y junto a Lugo, en Galicia.

Conquistó Lisboa, y obligó a los infieles a levantar los sitios que habían puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora. Ganó la batalla de Roncesvalles a los franceses en los Pirineos. También se descubrió en su reinado el sepulcro del Apóstol Santiago, en Galicia. Reinó cuarenta y nueve años.

I
¡Oh Cruz gloriosa y divina!
Cruz sacrosanta y excelsa,
inspira la mente mía

para cantar tu grandeza,
para recordar al mundo
de tu origen la excelencia,
y de tu gran fundador
la santa virtud austera.
Aquel Alfonso de Asturias,
de castidad manifiesta,
que antes de subir al trono
tantas repulsas sufriera (6);
el de corazón magnánimo,
de esforzada gentileza,
que venciendo antipatías
ciñó por fin la diadema:
del noble como ninguno,
del grande por excelencia,
piadoso en la paz, y afable,
osado y fuerte en la guerra;
el que el pendón de la fe
dos veces con gloria lleva
de Lisboa hasta los muros (7),
ganando victorias ciertas;
el terror de la morisma,
el que con faz altanera
puso espanto a Abderramán,
emir de Córdoba bella (8);
el que al francés poderoso
en Roncesvalles venciera,
y de sus triunfos y glorias
llenó la asombrada tierra;
el que engrandeció su reino (9)
con leyes sabias y buenas,
y dio a su ciudad de Oviedo
tan elevada opulencia;
que dotó pródigamente
con mil alhajas su iglesia,

la reedifica y convierte
en Basílica soberbia (10).
Conságranla siete Obispos,
y es de España la primera
catedral que se levanta
después de invasión artera.
El que no contento aún
con darle una Cruz excelsa,
obra de artífices santos,
la cede joyas y rentas,
y la otorgó privilegios
y donaciones supremas,
buscando en ella un sepulcro
donde sus restos durmieran;
el Rey Alfonso el segundo,
cuya piedad y grandeza
movióle a ofrecer a Dios
su castidad por ofrenda.
Y en premio de tal virtud
acaso el Señor le muestra
el sitio donde se oculta,
escondido entre unas peñas,
el sepulcro de Santiago (11),
Apóstol de fe sincera,
el gran protector de España,
de las batallas enseña.
Lleno de dulce alegría,
el Rey, por dicha tan nueva,
mandó levantar un templo,
que hoy llaman de Compostela.
Y no sólo su piedad
cual Rey cristiano demuestra;
también como hábil político
costumbres reforma y crea.
Restableció el orden gótico (12)

en su palacio, que ordena
semejante al de Toledo
cuando los godos vivieran.
Y siempre puro el recuerdo
de aquellos Reyes conserva,
grabado en el corazón
con indecible firmeza.
Sus leyes mandó observar;
llevó también a la Iglesia
su disciplina canónica
que el orden social renueva.
Y sus dotes de guerrero (13)
no amenguan la fe sincera
que aun cerca ya del sepulcro
con nuevo vigor ostenta.
Ya estaba como la nieve
su abundosa cabellera,
y descansaba en el ocio
de sus ímprobas tareas,
cuando un árabe traidor (14)
con dura ingratitude, negra,
pagó la hospitalidad
que Alfonso le concediera.
Se rebeló apoderándose
de un castillo, por sorpresa,
que a pocas leguas de Lugo
sus torreones asienta.
Tal perfidia escuchó Alfonso
con faz adusta y severa,
y al punto sus escuadrones
en orden de marcha ordena.
Guíalos a la batalla,
con nuevo vigor alienta,
y en breve cayó a sus pies
rendida la fortaleza.

Luego persigue al traidor
y a sus secuaces, que aceptan
una batalla reñida,
do perecieron con mengua.
El bravo y anciano Rey,
que la insurrección sujeta,
tornó a Oviedo victorioso
entre aclamaciones tiernas.
El pueblo henchido de gozo
premió su hazaña postrera
con vítores, bendiciones
y con ardientes protestas.
Y aún hoy el pueblo asturiano
vivo el recuerdo conserva
del noble restaurador
de su patria independencia.
No es raro ver en Oviedo,
en la basílica austera,
que un solemne aniversario
anualmente le celebran (15).
Sus restos esclarecidos,
que con amor se veneran,
guarda en Oviedo un sepulcro
de humilde y sencilla piedra (16).
Él fue, nobles asturianos,
base de vuestras grandezas,
y al levantaros del polvo,
os legó una gloria eterna.
A él debéis alto renombre,
y al brotar la estirpe regia
en vuestro suelo querido,
fue de Dios gracia suprema.
Aún por Alfonso en los siglos
las bendiciones resuenan;
pedid al cielo, asturianos,

que sus lauros reverdezcan.

CRUZ DE LOS ÁNGELES (17).

Leyenda tradicional.

II

Era una de esas mañanas
en que la brisa murmura,
y el cielo tornasolado
se envuelve en mantos de bruma;
cuando en la tierra comienzan
a brotar perlas menudas,
y nacientes florecillas
al rayo del sol fulguran;
cuando los pájaros cantan
y las tórtolas arrullan,
y en las ramas de los árboles
el jilguero se columpia;
cuando... mas no importa cuándo:
sabe, lector, que mi pluma
va a relatarte un portento
de peregrina hermosura.
Y si ha dicho que las flores
y los céfiros susurran,
es porque fue en primavera
lo que he de contarte en suma,
y en tiempos del Casto Rey,
eso no te quede duda,
que hay autores respetables
que lo escriben y aseguran.
Yo quisiera retratarte
aquella noble figura
del Rey Alfonso segundo,
pero no hay copia ninguna.
Sólo sé que fue valiente,

de trato y palabras bruscas,
pero magnánimo y grande,
y de marcial apostura.
Amó con ciego delirio
al pueblo leal de Asturias,
y por su engrandecimiento
emprendió reñidas luchas.
Mas dejemos nuestro siglo
donde fúlgidas alumbran,
de la ilustración antorchas,
y a una época de penuria
trasladémonos al punto
cuando alzó la Media Luna
su imperio en la hermosa España
y fue abatida en Asturias.
Y con los ojos del alma
verás la devoción suma
de aquel piadoso guerrero
cuya memoria aún saludan
los siglos y las naciones,
y por el orbe retumba
de sus heroicas hazañas
la voz que no muere nunca.
Verasle en su regio alcázar
y postrado ante una urna,
que en retirado aposento
guarda una inmensa fortuna,
consistente en ricas joyas
que en sus conquistas morunas
adquirió de los infieles
y hoy a la Virgen tributa.
Escuchadle; sus miradas
dirige a celeste altura,
y con dulcísimo acento
así sus labios murmuran.

III

«¡Oh Santa Virgen María,
Reina del cielo y señora,
del Salvador de los hombres
augusta Madre amorosa!
A Ti que en trono de nubes
y en un alcázar de gloria
tienes el célico asiento
donde los ángeles moran;
a Ti quisiera ofrecer
esa multitud de joyas
en una Cruz engastadas
de bella y sagrada forma.
Mas ¡ay! vano es mi deseo,
que tan delicada obra
no hay artífice en mi patria
que pueda emprender con honra.
Bravos son mis montañeses
con la morisma traidora,
saben manejar la espada,
pero su ciencia es muy corta.
En esta tribulación,
a Ti acudo, Madre hermosa,
pues que no encuentro en mi reino
quien mis deseos acoja.»
Calló el Rey enajenado,
y elevó la vista atónita
al sitio donde escuchábase
música embelesadora.
Era en la celeste altura
donde una grave matrona,
de arcángeles rodeada
y entre nubes vaporosas,
apareció lentamente;

y su mirada amorosa
fijando en el casto Rey
con sonrisa encantadora,
exclamó con dulce voz,
más que el gemir de la tórtola
y más suavísima y grata
que el murmurar de las ondas:
«Escuché ¡oh Rey! tus acentos
desde mi trono de gloria,
y vengo a aceptar tu Cruz;
ahí tienes quien le dé forma.»
Tendió la Virgen su diestra,
y de su célica escolta
descendieron dos querubes
en alas de una paloma.
Vertió la naturaleza
torrentes de luz hermosa,
y su fragancia las flores,
las aves su dulce trova,
los arroyos su murmurio,
los céfiros sus aromas,
todos al trono de Dios
en armonías sonoras
himnos alzarón benditos,
y a la Virgen milagrosa
saludaron con amor
la luz, la tierra y la sombra.
La Virgen desaparece
tras la nacarada bóveda,
y apareció rutilante
entre arreboles la aurora.
Alfonso cayó de hinojos
en actitud melancólica,
murmurando una plegaria
que su gratitud denota.

IV

«¡Al templo mis caballeros!
el casto Rey exclamaba,
vamos a ofrecer a Dios
despojos de cien batallas.
Vamos: mas ¿quién interrumpe
de tal modo nuestra marcha?
-Es que aquí dos peregrinos
por Alfonso preguntaban.
-¡Dos peregrinos! dejadles
llegar a mi regia planta.»
La turba de cortesanos,
de magnates y de damas,
dejó paso a los querubes
que en nombre de Dios llegaban.
«¿Quién sois? ¿De nos demandáis
limosna, o cumplida gracia?
-Venimos de luengas tierras,
porque supimos que guardas
hermosas joyas, y anhelas
en una cruz engastarlas.
-Es cierto: pero ¿vosotros sabéis?...
-En nuestro celo descansa,
que ha de admirar nuestra obra
la cristiandad asombrada.
-¡En buen hora a mi palacio
llegasteis! El cielo os guarda;
venid, en este aposento
trabajar podéis sin trabas.
He aquí los materiales,
oro, perlas, esmeraldas,
y la madera preciosa
de la Cruz inmaculada.
Quedad adiós, peregrinos,

yo voy al templo a dar gracias
a la Santísima Virgen
y a ofrecerla mi plegaria.»
Los magnates tras el Rey
luego emprendieron la marcha,
siguióles la corte toda,
muchos guerreros y damas.
En la hermosa catedral
sagrados himnos se alzaban;
la voz de los sacerdotes
subía elocuente y grata
al trono excelso de Dios,
y el noble Rey entusiasta,
mezclando su puro acento
con aquellas voces castas,
hasta los cielos subían
en cánticos de alabanzas.
Los acordes religiosos,
las armonías sagradas
repetíanse en el templo
cual homenaje de un alma
que amor purísimo, ardiente,
y ternura rebosaba.
De la caridad emblema,
de la fe y de la esperanza
era el tributo amoroso
que entre nubes de oro y gualda
el casto Rey ofrecía
de su gratitud en aras.
Cesaron de los Obispos
las majestuosas plegarias,
y en los ámbitos del templo
aún sus notas resonaban.
Siguió la corte en silencio
tras su Rey que se levanta,

y con el rostro encendido
dirigíase a su alcázar.
Por un instinto del pueblo,
que venera a sus monarcas,
siguen al cortejo augusto
una multitud de almas.
El sol sobre ellos vertía
sus purpúreas llamaradas,
y gozosa la natura
presenta sus ricas galas.
El azul del firmamento
más rutilante brillaba,
y tras la célica bóveda
los ángeles baten palmas.
La sonrisa de la aurora
aún conserva la mariana,
y al murmurar del ambiente
el pueblo asturiano canta.
Y sigue tras de su Rey
con vítores y algazara,
y con anhelo vivísimo
penetran en el alcázar.
«¡La Cruz! ¡mostradnos la Cruz
que los peregrinos labran;
la adoraremos, en tierra
nuestra cerviz inclinada!»
Así gritaban las gentes,
en tanto que se llenaban
del palacio los salones
con multitud entusiasta.
Acércase el casto Rey
al sitio donde dejara
a los artífices santos,
y halló la puerta cerrada.
Mas no bien se retiró

dos pasos, cuando impulsada
por un misterioso empuje,
mostrose expedita y franca.
Penetran... mas al momento
retroceden asombradas
ante un milagro patente
aquellas trémulas almas.
Doblan la rodilla en tierra,
y en un grito de alabanza
prorrumpen entusiasmados
«¡Milagro! ¡milagro!», claman.
Se oyeron mil armonías,
y por el éter volaban
dos blanquísimas palomas
entre nubes de esmeralda.
Al penetrar en el cielo,
una música muy grata
se escuchó, y los serafines
entonaron el hosanna.
Mas ¿qué contempla aquel Rey,
aquella corte postrada?
¡Oh! mirad; el aposento
donde la Cruz se labraba
ilumina un resplandor
cual en noche oscura el alba.
Y suspendida en el aire,
vertiendo luces extrañas,
está la célica Cruz
revestida de cien planchas
de oro purísimo y piedras
con gran primor engastadas.
Obra tan maravillosa
revela ciencia muy alta,
y su hechura no es posible
sea de persona humana.

Así murmura la corte,
y el Rey dice: «¡Es obra santa!
buscadme a los peregrinos...»
mas nadie los encontraba.
Portento tan milagroso
el Pueblo acogió con ansia,
y en su ardiente devoción
Cruz de los ángeles llama
al símbolo misterioso,
a aquella joya preciada
que aún hoy el pueblo de Oviedo
cual obra del cielo ensalza.

.....
La tradición esto cuenta,
las crónicas lo relatan,
y de autores venerables
lo afirma la fe cristiana (18).
FIN DE «ALFONSO EL CASTO».

Tercera leyenda.
El triunfo de la cruz.
Canto histórico sobre la matanza de las Navas de Tolosa.

I
Ven, ¡oh sagrada Cruz! deja que admire
mi corazón tu inmenso poderío;
ven, que mi numen ante ti se inspire,
tu alabanza elevando el labio mío.
Ven, ¡oh sagrada Cruz! fuego respire
de mi entusiasmo el ímpetu bravío,
y pueda en altos ecos inmortales

las hazañas cantar de los mortales.

Pueda ensalzar mi lira enajenada
de los gloriosos héroes la memoria,
que con tu amparo, ¡oh Cruz inmaculada!
ganaron en las Navas la victoria,
la memorable sin igual jornada
que a Castilla cubrió de eterna gloria,
y que llevose con tu ayuda a cabo
por el excelso Rey Alfonso Octavo.

Aún me figuro oír los atambores
y el estruendo de innúmeros guerreros;
aún la pompa marcial de los señores,
y el belicoso ardor de los pecheros;
aún las matronas enlazando flores
que han de ceñir los nobles caballeros,
y los vítores que alzan a porfía
su corazón henchido de alegría.

Ved la ciudad que murmurante baña
el cristalino Tajo en ondas de oro;
vedla cubierta de animosa saña
contra el infiel ejército del moro.
Del pueblo, del palacio y la cabaña
álzase un grito en entusiasta coro,
y todos a una voz con eco fuerte
exclaman: «¡Libertad!, si no la muerte.»

Las bellísimas huertas de Toledo,
en tiendas de campaña convertidas,
alojan en su centro con denuedo
las huestes de dos cortes reunidas.
Cuando el favonio murmurante y ledo
en marzo suspiraba, mil partidas

extranjeras cubrían la ancha tierra
de aparatos beligeros de guerra.

Los extraños y propios cooperaban
a la santa alianza enajenados;
bendiciones de Roma les llegaban,
transformando pastores en soldados.
Niños aun, y ancianos se aprestaban
a engrosar los ejércitos formados,
y a su Dios y a su Rey ofrecen fieles
la raza exterminar de los infieles.

Nobles cristianos, a quien nada aterra,
al peligroso estruendo del combate
dejan su hogar y vuelan a la guerra,
sin que afección alguna lo dilate;
su familia abandonan y su tierra
cuando en su pecho conmovido late
un corazón de padre, amante o esposo,
que en la lid a morir va presuroso.

Mas no creáis ¡oh! no, que sus mujeres
cobardes lloran su fatal ausencia;
vedlas doquier, huyendo los placeres,
abrasado su pecho de impaciencia.
¡Oh! ved algunas, animosos seres,
al guerrero alentar con su presencia,
de sus abuelos relatar las glorias,
refiriendo sus ínclitas victorias.

Escuchad de su boca los acentos,
la santa indignación que les anima,
sus nobles y esforzados sentimientos
con la entusiasta fe que las sublima.
Escuchad, escuchad; los vagos vientos

a través de los siglos, fiel estima,
de tan claras matronas, transmitido
nos han de sus palabras el sentido.

Una madre les dice: «Castellanos,
las armas aprestad con noble brío,
y en la sagrada empresa, cual hermanos,
exterminad al Musulmán impío.
Para la lanza sostener mis manos
débiles son; mas ahí va el hijo mío:
él es mi único amparo, mi alegría;
si el moro le venciera, le odiaría.»

Se adelanta una joven, nueva esposa,
teñido de carmín su rostro bello,
y «¡Guerreros (les dice presurosa)!
nunca a la esclavitud rindáis el cuello;
exterminad esa morisma odiosa,
y brillará en vosotros un destello,
un noble, puro, fulgurante rayo,
de la gloria del Cid y de Pelayo.

Y tú, mi esposo, a quien el alma adora,
luz de mi corazón, mi único anhelo,
no vuelvas de esa guerra asoladora
sin que bendiga tu valor mi celo.
Si tornas victorioso, seductora
a tu esposa hallarás, será tu cielo,
y si vencido, aunque mi vida encantes,
no llegues hasta mí, mátate antes.»

Una amante, que tímida y sentida
ante un joven marcial llegase lenta,
lo dice: «Dueño mío, tu partida
mirando estoy sin conmovirme atenta,

¡oh! tú eres la esperanza de mi vida,
sólo por ti mi corazón alienta,
mi amor en la victoria irá contigo;
mas si te hacen esclavo, te maldigo.»

Y todos a una voz, con eco fuerte,
entusiastas clamaban: «¡A la guerra!
perezca el musulmán, no de otra suerte
habremos de volver a nuestra tierra.
Adiós, madres y esposas; ya la muerte
que vamos a buscar no nos aterra;
tejed guirnaldas de aromadas flores,
que ciñan los gallardos vencedores.

Tejedlas ¡oh! guirnaldas y laureles,
ése el premio será de la victoria,
y luego vuestro amor a los más fieles
y de honor una página en la historia.
Volemos a batir a los infieles,
allí la muerte está, también la gloria;
Dios y la Religión dannos su ayuda,
y la Cruz sacrosanta nos escuda.»

Esto diciendo en júbilo inefable,
la armadura se ciñen presurosos;
el reluciente arnés, adarga y sable,
preparan, y los brutos generosos.
Cálanse el yelmo; en ademán amable
de Toledo despidense gozosos,
mil vítores alzando de alegría
al mirar que la Cruz les precedía.

Parten al son del belicoso estruendo
de atabales y trompas y clarines,
que va de polo a polo repitiendo

el favonio que juega en los jardines.
Un sonoro clamor álzase hiriendo
de la ciudad hermosa los confines,
y mil bocas exclaman con denuedo:
«¡Castellanos, valor! ¡gloria a Toledo!»

II

Era de junio un día caluroso,
cuando partió el ejército altanero;
de don Diego de Haro el numeroso
y aguerrido escuadrón iba primero.
Seguíanle las tropas, y animoso,
don Pedro de Aragón, Rey caballero,
aliándose a empresa tan sagrada,
llegó a ofrecer su ejército y su espada.

El noble Rey, Alfonso de Castilla,
seguido de sus bravos escuadrones,
deja tranquilo la suprema silla,
y alienta con su voz los corazones.
Su gloria a compartir o su mancilla,
síguelos rodeado de pendones,
que demuestran la fuerza y la hidalguía
de su excelsa y temida monarquía.

Poseída de júbilo marchaba
la castellana hueste numerosa;
leves escaramuzas levantaba
a su paso atrevida y belicosa.
En su poder cayeron Calatrava,
Alarcos, Malagón, y deseosa,
de la batalla presentar al moro,
siguen hasta las Navas con decoro.

Las extranjeras tropas asustadas

del peligro inminente que corrían,
del castellano ejército a bandadas
con infame pavor torpes huían,
sin ver que en sus banderas veneradas
tan odioso baldón arrojarían;
y dejando los lauros de la gloria,
sólo del español fue la victoria.

Sustituyéronles, en el momento,
de Navarra los bravos caballeros,
que con su soberano al campamento
llegaron inclinando los aceros.
Acógenles con muestras de contento
los fieles aliados placenteros,
que ante la imagen juran de María,
exterminar a la morisma impía.

Vedlos, ya al pie de la ríscosa sierra,
dando frente a las tiendas del Rey moro;
ved ya cubierta la fragosa tierra
de valientes que anhelan su tesoro.
Al fiero musulmán nada le aterra
en su trono de nácar y de oro,
y cercado de esclavos africanos
sueña con apresar a los cristianos.

«¡Oh! vengan, dice, por Alá que es necio
el querer abatir mi poderío;
vengan estos tres Reyes que desprecio,
con su orgulloso ejército bravío.
Vengan, ya pongo a su persona precio
a mis plantas mirando su albedrío.
En mala posición se han colocado,
¡Agarenos, valor! hemos triunfado.

El premio de esta empresa, musulmanes,
pronto habrá de tocar vuestra codicia:
pelead con valor, tantos afanes
sabr  recompensaros mi justicia.
 Oh! muy pronto esos bravos capitanes
nos muestran su pavor y su impericia,
el alfanje ce id, ya la fortuna
coloca ante la Cruz la Media Luna. »

Su posición le daba ventajosa,
sobre el cristiano campo la osadía,
y en verdad que la hueste numerosa,
para lidiar, espacio no tenía.
Pero  ah! la Providencia generosa
les saca del conflicto, y  oh alegría!
su dedo les señala una llanura
donde puedan trabar liza segura.

En inefable júbilo embargados,
dan gracias al Señor, y la Cruz santa
elevan por do quiera enajenados,
con preces mil que su fervor levanta.
El cielo les protege; entusiasmados,
al musulmán contemplan a su planta,
y ci n ndose el yelmo y los aceros
a la lid se preparan los guerreros.

III

Era de julio un día, coloraba
apenas la mañana en el Oriente,
cuando ya en la llanura tremolaba
el pendón de Castilla libremente.
El valeroso ejército escuchaba
de su señor la alocución ardiente
que la victoria con fervor predijo,

y estas palabras en sustancia dijo:

«¡Oh! de la Cruz, sublimes campeones,
caballeros y nobles castellanos,
a enaltecer venís vuestros blasones,
batiendo a los impíos mahometanos.
Sedientos cual intrépidos leones,
pueblo leal, excelsos soberanos,
llegáis bajo el pendón de ambas Castillas
y ante la Cruz doblasteis las rodillas.

La fe de nuestros pechos venerada
y el amparo de Dios dannos su ayuda,
su Santísima Madre Inmaculada
con su Sagrado manto nos escuda.
El arnés preparad, la hendiente espada,
el pesado lanzón, la maza ruda,
y no quede con vida un moro infame;
gota a gota su sangre se derrame.

Ellos de nuestra tierra usurpadores,
la altiva Media Luna tremolaron,
y en sus nobles ciudades cual traidores,
solios impuros con baldón alzarón.
Ellos en sus deleites tentadores
la Cruz excelsa con sus pies hollaron,
y soñaron mirarse por ensalmo
dueños de nuestra tierra palmo a palmo.

¡Ridícula ilusión! ¡torpe creencia!
unos aventureros atrevidos,
sin religión y con su falsa ciencia,
juzgan anonadar nuestros sentidos,
y de los godos disfrutar la herencia,
en medio sus harenas corrompidos:

no será mientras latan corazones
que tornen mis soldados en leones.

¡Fuera el usurpador! ¡no más mancilla!
¡bajo el acero caiga su áureo trono!
¡siegue su raza impura la cuchilla,
que estalla el pecho de feroz encono!
Ríndanse al estandarte de Castilla,
y que mueran después, no los perdono;
justicia nos asiste, y la victoria
hoy nuestras sienas cubrirá de gloria.

Venceréis, lo prometo; la pujanza
de vuestro hidalgo pecho me lo augura;
alza la Cruz, y todos la esperanza
tengan en esa enseña de ventura.
Alzadla, cual emblema de bonanza,
signo de redención, estrella pura,
y no temáis del enemigo fiero
la indigna saña ni el infame acero.»

Vitores mil alzarón de alegría
a la voz del monarca castellano,
y al grito de ¡a la lid! rompe bravía
por medio del ejército otomano.
La numerosa hueste se batía
con valor sin igual y sobrehumano;
tiembla la tierra, se estremece el mundo,
al choque del combate furibundo.

Por do quiera se ven miembros caídos,
turbantes y corazas de guerreros,
cadáveres de infieles esparcidos,
rotos en mil pedazos los aceros.
Las lanzas empuñando estremecidos

de coraje los bravos caballeros,
con odio inmenso, su valor pujante,
la muerte dan a cuanto ven delante.

El sol a la mitad de su carrera
se hallaba apenas su esplendor velando,
cuando tres veces rechazado fuera
el agareno con furor nefando.
Otras tres embistió, ¡vana quimera!
la Cruz sus escuadrones va mermando,
y tiembla de coraje y fuerte encono
el infiel enemigo en su áureo trono.

Cercado de sus míseros esclavos
aguarda del combate la victoria;
mas de la Cruz los campeones bravos
pelean con fortuna más notoria.
Vedlos rogar por los sagrados clavos
del Redentor la palma de la gloria,
y «¡morir o triunfar!» un grito estalla,
redoblando el horror de la batalla.

A cientos, a millares van cayendo,
bajo la férrea maza embravecida,
otomanes infleles, que sintiendo
van del noble español la acometida.
Fieros redoblan su valor tremendo,
y entregando infelices van la vida.
¡Oh! nada basta a detener la saña,
el rudo empuje de la egregia España.

Pero ¿quién un valor tan denodado
inspiró a nuestros bravos campeones?
¿quién ánimo tan grande y esforzado,
que aun absortas admiran las naciones?

¡Quién! ¡Oh! mirad el estandarte alzado
cruzar a los contrarios escuadrones
una vez y otra vez, y por encanto,
volver ileso el mensajero santo.

¡Oh! vedle con arrojo temerario
la Cruz alzada en su valiente diestra;
ved el símbolo puro del Calvario
que su favor en el combate muestra.
Vedla llegar al campo del contrario
sin que el infiel, aunque su mano adiestra,
herirle pueda con su flecha aguda,
que el varón santo con la Cruz se escuda.

¡Insigne protección! el alto cielo
claro le muestra su favor divino;
lleno su pecho de ferviente celo,
arrójanse cual fiero torbellino.
No queda un musulmán, cúbrese el suelo
de moros por doquier. Ancho camino
de gloria se presenta a la española
monarquía, ciñendo esta aureola.

¡Quién el numen tuviera de un Quintana,
la inspiración sagrada de un Herrera,
para pintar la gloria castellana,
y que mi voz al orbe estremeciera!
¡Oh! yo el valor y la grandeza hispana
hasta ignotas regiones trasmitiera;
pero ¡ay! en vano mi entusiasmo evoco;
para tan alta hazaña soy muy poco.

Mas otros alzarán su férrea lira
con sonora y robusta valentía;
yo cantaré lo que el honor me inspira

de tantos héroes de la patria mía.
Sagrado fuego el corazón respira,
y ante la Cruz se inunda de alegría
al ver ganada la inmortal hazaña
por los bravos leones de la España.

Cayó la Media Luna; en vergonzosa
huida se dispersan los infieles.
¡Oh! y en su fuga la morisma odiosa
la persiguen con rabia los donceles.
Hierve bajo la cota generosa
ilustre sangre de cristianos fieles,
y mientras tanto que su pecho late,
no abandonan el campo del combate.

El moro Rey su trono abandonando,
su rica tienda de lujosa seda,
en árabe corcel huyó volando,
sin que la hueste aprisionarle pueda.
De la noche las sombras vanse alzando,
murmura el aura misteriosa y leda,
y el vencedor insigne se retira
gozoso el corazón, calmada su ira.

Rauda se extiende tan dichosa nueva
por la sonora trompa de la fama;
de Alfonso el nombre por el orbe lleva
con la voz de su pueblo que le aclama.
El venturoso ejército renueva
de su gran devoción la ardiente llama
y en alto alzando al Redentor del mundo,
himnos entonan con fervor profundo.

IV
¡Gloria al Señor! ¡Al vencedor laureles!

que grabada en su pecho fe tan pura,
puso espanto y terror en los infieles,
exterminando la morisma impura.
¡Gloria a la Cruz! Las liras, los pinceles,
extienden por do quier tanta ventura,
celebrando en dulcísimos loores
de Tolosa los bravos vencedores.

¡Gloria a Toledo! Con purpúreas rosas,
del tránsito las calles alfombrando,
van mil doncellas púdicas y hermosas
a los conquistadores saludando.
Hasta las cofradías religiosas
salen con sus imágenes cantando,
y al triunfo de la Cruz con vivo celo,
elevaron sus preces hasta el cielo.

De hazaña tan ilustre las naciones
en sus fastos guardaron la memoria,
y del octavo Alfonso los pendones
cubriéronse de inmarcesible gloria.
¡Honor al vencedor! Generaciones
venideras oirán esta victoria,
que su eco fiel, al tiempo trasmitido,
será de siglo en siglo repetido.

FIN DE «EL TRIUNFO DE LA CRUZ».

Dedicatoria.

A S. A. R.
EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS,
con motivo de la guerra de África.

Duerme, señor, mientras la lira mía,
de fogoso entusiasmo arrebatada,
eleva en altos himnos de alegría
los lauros de mi patria idolatrada.
Duerme, señor, pero despierta un día
cuando mi mano trémula y cansada
suelte la pluma, y la española historia
te recuerde los ecos de su gloria.

Duerme en tanto, señor, feliz reposa,
y confiado en la nación hispana,
esta nación magnánima y gloriosa,
que un cetro de oro te dará mañana.
Esta nación que, altiva y orgullosa,
te ofrece una ciudad mahometana,
y clavó tus pendones venerados
de Tetuán en los muros torreados.

El pendón invencible de Castilla,
el grande, el sin rival en las naciones,
el que sin mancha descubrió en la Antilla
ignotas y magníficas regiones;
el que asombro del orbe doquier brilla
dechado de sublimes perfecciones,
y al par de hidalgo, noble y generoso,
siempre el triunfo alcanzó por valeroso.

El que venció en Orán, el que en Granada
plantó la Cruz, y a la morisma fiera
arrojó confundida, avergonzada,
del suelo hermoso de la patria ibera.
El que extendió su gloria ilimitada
de uno al otro confín, y alzó altanera

la gran nación en ímpetus fecundos,
haciéndola señora de dos mundos.

El que triunfó en las Navas, en Lepanto,
en Pavía, en Bailén, en Zaragoza;
el que sembró en los moros el espanto,
y sus cábilas sin piedad destroza;
el que dormido al poderoso encanto
de los laureles que su nombre goza,
miró que le ultrajaban, y rugiente,
altivo despertó grande y potente.

Recordó su poder, su señorío,
y su antiguo renombre de guerrero,
y allá se lanza, indómito y bravío,
a defender su castellano fuero;
y cual inmenso, desbordado río,
siguieron el pendón de Recaredo,
torrentes de soldados y paisanos
a los salvajes pueblos africanos.

Y helos allí, mostrarse de la España
los dignos hijos, de morenas frentes,
sufridos cual ninguno en la campaña,
y en la lucha arrojados y valientes.
En esa tierra a su piedad extraña
dan ejemplos de amor muy elocuentes,
y en la lid al cesar piadoso y bueno
dan su galleta al mísero agareno.

Helos allí, señor: ¡oh cuán hermosa
es la gloria que alcanza su bravura,
y la sangre que vierten generosa
el anhelado triunfo nos augura!
al ceñir esa palma victoriosa

sonreirán sus almas en la altura,
y millares de tiernos corazones
elevan hasta Dios sus oraciones.

Helos allí, ¡oh Príncipe querido!
conquistando un florón a tu diadema;
do se escucha tu nombre bendecido,
y de Isabel la voluntad suprema.
Una joya arrancaron al vencido,
que a tus pies ofrecieron cual emblema
de la entusiasta fe, de la hidalguía,
que todos ostentaran a porfía.

Una joya, señor, muy floreciente,
signo de su valor, de su victoria,
que sabrá recordar eternamente
al universo la española historia.
Tú al despertar, arcángel inocente,
de tu nación admirarás la gloria,
y hoy del Jelub el plácido murmullo
a tu sueño feliz sirva de arrullo.

AL EJÉRCITO ESPAÑOL,
con motivo de la toma de Tetuán.

Apenas el alba naciente sonríe,
se escucha el estruendo del ronco cañón;
también las campanas anuncian gozosas
que el júbilo llena la hispana nación.
Tetuán es ya nuestro, nos dicen sus ecos;
Tetuán abatido su frente dobló,
la tropa española con fúervido gozo
la raza africana cual siempre humilló.
¡Oh! ved ese ejército volar al combate,
cubrirse de gloria, doquiera triunfar,

probando que sabe, valiente y sufrido,
guardar su decoro, su afrenta vengar.
Venid, extranjeros, y ved que Castilla
conserva su antiguo y heroico valor,
sus hijos son hijos de aquellos valientes
que dieron a España sublime esplendor.
Aquellos que alzaron un cetro en Asturias,
que grande y potente supiera vencer,
por siglos de siglos, y siempre orgulloso,
al mundo mostrara su inmenso poder.
Si días de gloria nos dieron los héroes,
el Cid y Pelayo y el noble Guzmán,
no es menos brillante la que hoy nos ensalza,
la toma gloriosa del Fuerte Tetuán.
Los nuestros son dignos de aquellos guerreros,
que así enaltecieron el regio dosel,
son hijos de España, son nobles, son fuertes,
y tienen por jefe la excelsa Isabel.
Jamás al insulto doblaran su frente,
ni pueblo ninguno domó su altivez;
sus glorias pasadas, sus hechos presentes,
colocan muy alto su nombre y su prez.
Venid las naciones, venid los poetas,
admiren las unas, los otros cantad;
las arpas resuenen con dulce alborozo,
patrióticos himnos doquiera elevad.
¡Oh! todos en júbilo inmenso, inefable,
su gozo demuestran, su celo leal,
en bravos aplausos prorrumpen gozosos,
al jefe, al soldado y al pueblo inmortal.
¡Loor a esas tropas, ejemplo patente
de arrojo bizarro, de inmenso valor,
que en cada batalla nos da una victoria,
cubriendo su nombre de gloria y honor!
¡Loor al caudillo que en pueblo africano

la hispana bandera feliz tremoló!
¡Loor al guerrero que diera su sangre,
y en lucha tan santa con gloria murió!
¡Loor a esos bravos! ¡Loor a la hermosa
que reina en un pueblo, cuyos hijos son
héroes denodados, valientes leones,
que ensalzan gloriosa la ibera nación!

A. S. A. R.
EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS,
al cumplir tres años.

¡Tres años ya que la española gente
saludó reverente,
del hispano dosel al heredero!
¡Tres años, que la aurora
nueva, luz brilladora
nos demostró en su rostro placentero!
¡Tres años ya! ¡Cuán rápidos cruzaron!
Su frente sepultaron
coronada de gloria en el pasado,
y al hundir su memoria,
dejaron en la historia
para siempre su nombre consignado.
¡ÁNGEL DE AMOR! Hermoso tu destino
te señala un camino,
que por su brillo al universo asombra;
en tu cuna se mecen los laureles
do vienen a postrarse los infieles,
y ALFONSO XII la nación te nombra.
Si los fulgores de tan gran fortuna
reflejan en tu cuna
hiriendo tu pupila soberana,
¡oh Príncipe! tu alma,
también verá la palma,

que esplendente, magnífica y lozana
conquistaron los once augustos Reyes
que con sus sabias leyes
y sus hazañas y brillantes hechos,
dejaron tal renombre,
que vivirá su nombre
siempre indeleble en los hidalgos pechos.
¡Ah! si tu vista, ALFONSO, se fijara
en esos grandes Reyes que te nombro,
su fulgor eclipsara
tu cerebro infantil, lleno de asombro.
Pero no importa: escucha, y si mi acento
grato le fuere a tu atención augusta,
yo te diré el portento
de aquellos héroes que con faz adusta
ven los usurpadores,
y que con fuerte brazo y osadía
conquistaron un trono a tus mayores
y alzaron otra vez la monarquía.
Vuelve la vista atrás; ¿ves al primero,
al Católico Alfonso junto a Lugo?
Mírale más allá, cuando altanero
supo imponer su yugo
a Ledesma, Zamora y otras plazas
donde se izara el pabellón ibero.
Fija también, señor, fija la vista
en el llamado el Casto,
por sus virtudes nobles y sencillas,
y verás que sus armas victoriosas
llevaron orgullosas
por do quiera el pendón de las Castillas.
Pero... ¿a dónde me lleva mi osadía?
¿Acaso relatar tantas hazañas
es posible en un día?
¡Ah! no; empero, basta recordarte,

¡oh Príncipe real de las Españas,
que en tu cuna refleja el sol brillante
que iluminó las Navas de Tolosa,
después en el Salado,
en Pavía, Bailén y Zaragoza!
Cesen, pues, los recuerdos, y la mente
que entusiasta se agita temblorosa,
admire solamente
de tu alba luz el irradiar divino,
y el brillante destino
que ofreces a tu patria venturosa.
Esta heroica nación que se levanta
del polvo en que yacía,
hoy que sus triunfos canta
de su grandeza y su poder ufana
en himnos de armonía,
tierna saluda por el arpa mía
al hijo de su augusta soberana.

Madrid 28 de noviembre.

Notas

1. Alfonso I el Católico, yerno de Pelayo y descendiente de Recaredo, reinó desde el año 739. Persiguió a los sarracenos quitándoles muchas ciudades de Galicia, León y Castilla, con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los Reyes más gloriosos que ha tenido España: reinó diez y ocho años. (Iriarte.)
2. Lugo vio con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe; las ciudades de la Lusitania, Braga,

Flavia, Viseo, Chaves, acogían con entusiasmo a sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el orden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada.

Refiérennos en globo haber tomado, además de las expresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, León, Simancas, Ávila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Aceca, Clunia, y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Álava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragón, llevando sus armas victoriosas desde el Océano occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los campos góticos que taló y yermó, recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península. (Lafuente.)

3. Odoario fue el primer Obispo de Lugo, después de conquistada por D. Alfonso.

4. En España, el año 753, se vieron tres soles, según Mariana en su Historia de España, y Conde en la suya De la dominación de los árabes en España.

5. Unos historiadores dicen que Alfonso el Católico tuvo a su hijo Mauregato con una esclava mora, otros que con una dama de Palacio; si aconteció como refiero en mi leyenda, ambas cosas pudieron ser. (La autora.)

6. Conocida ya por los grandes la condición apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habían repugnado y temido, determináronse a reconocerle por Rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades había experimentado.

(Lafuente.)

7. Alfonso, desde la victoria de Lutos, había paseado dos veces el pendón de la fe hasta los muros de Lisboa. (Ídem.)

8. Alfonso, desde las montañas de Galicia, había sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulmán; y había con su constancia y denuedo desesperado a Alhakem, al joven e intrépido Abderramán y a sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim.

9. Alfonso II, que como guerrero había hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder a poder, dedicábase en los períodos de paz a fomentar la Religión como príncipe cristiano, y a regularizar y mejorar su Estado como Rey.

Oviedo se embellecía y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura.

10. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertía en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados a los doce Apóstoles. Asistieron a su solemne consagración todos los Obispos que el peligro y la fe tenían refugiados en Asturias. Adulfo fue el primer Prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauración, a la cual dotó el magnánimo Rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios.

11. Otro prodigio que como milagroso refieren también los devotos cronistas de la Edad Media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacía, dicen, que el cuerpo del Apóstol Santiago había sido traído de la Palestina por sus discípulos y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia, en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel país habían hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto: cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente: Varios sujetos de autoridad comunicaron a Teodomiro, Obispo de Iria, haber visto diferentes noches, en un bosque no distante de aquella ciudad, resplandores extraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso Obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y escavar en él, hallose una pequeña capilla que contenía un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del Santo Apóstol. Puso el Prelado el feliz descubrimiento en noticia del Rey Alfonso, que se hallaba en Oviedo, e inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su Palacio, y mandó edificar un templo el Campo del Apóstol (que desde entonces acaso de Campus Apostoli se denominó Compostela), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia.

12. Atento el monarca no sólo a los asuntos de interés religioso, sino también a los civiles y políticos de su reino, adicto a las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista; promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó a la Iglesia su antigua disciplina canónica.

13. No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio había desplegado. En las expediciones, que Abderramán II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulmán, hizo por sí o por sus caudillos a las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infleles apercebido y pronto a rechazarlos con vigor.

14. Hacia los últimos años de su reinado, un caudillo árabe, Mohammed-ben-Abdel-Gebir, que en Mérida se había insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el Rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados. Correspondió más adelante el pérfido musulmán con negra ingratitud a la generosidad hospitalaria que había debido a Alfonso, y tan desleal al Rey cristiano como antes lo había sido a su propio emir, alzose con sus numerosos parciales y apoderose por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad. Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un joven a castigar a sus ingratos huéspedes, y después de haber recobrado el castillo que les servía de refugio, les obligó a aceptar una batalla en que pereció el traidor con todos sus secuaces. Alfonso regresó victorioso a Oviedo por última vez.

15. Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad a orar sobre los restos del Rey Casto, y aún conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los más celosos restauradores de su nacionalidad.

16. Sus restos mortales fueron depositados en el panteón de su iglesia de Santa María. Aún se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

17. Deseoso el Rey de adornar la Basílica del Salvador con una rica ofrenda, había reunido gran cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus Estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente, al salir un día de misa, dicen las crónicas y leyendas, se le aparecieron dos desconocidos en traje de peregrinos, que le habían adivinado su pensamiento, y se ofrecieron a realizarle. Al instante los llevó el Rey a un aposento retirado de su Palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos a examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendieron los dos prodigios a un tiempo. Los peregrinos habían desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada suspendida en el aire, despedía vivos resplandores. Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fe; y la preciosa Cruz de Alfonso el Clasto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la Basílica de Oviedo, sigue llamándose la Cruz de los Ángeles.

18. El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta Cruz fue el monje de Silos, a quien siguieron después Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

Los que no creen bajasen los ángeles a fabricar esta Cruz, suponen que los dos mancebos o peregrinos que se habían aparecido al Rey Alfonso, y ofrecidosole a elaborarla, serían artistas árabes de Córdoba que ya en aquel tiempo tenían fama de excelentes plateros, y se distinguían por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no extrañamos que el monarca cuidara de no herir el celo religioso de su pueblo, que a no dudar se hubiera ofendido de que un objeto que representaba el símbolo de su fe hubiera sido trabajado por manos mahometanas.

(Historia general de España, por D. Modesto Lafuente, tomo III.)

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>